

PRÁCTICAS ADOLESCENTES Y NUEVOS LENGUAJES FRENTE A LA VIOLENCIA DEL DESAMPARO: CULTURAS ADOLESCENTES, ¿UN MODO DE SOSTÉN SUBJETIVO?

**María Celeste Albano¹; Agustina Beguy²; María de los Ángeles Cerini³;
Agustina Ferro⁴; Natalia Ramos⁵; Jennifer Rocco Cozzetti⁶**

*“...sólo un mundo de deseo, de pensamiento y de creación
es capaz de desarrollar los lazos y de integrar la vida
con el fin de producir algo que no sea el desastre”
(Las pasiones tristes. M. Benasayag/ G. Schmit)*

¹ Lic. en Psicología (Facultad de Psicología. UCES). Ex Ayudante de Cátedra: “Clínica Psicológica de Niños y Adolescentes I”, ([2006-2009]. Titular: Dr. Osvaldo Frizzera, UCES). Ex visitante en el Hospital Rivadavia “Servicio de Niños”, CABA. Egresada de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes de UCES. Psicóloga del Servicio de Salud Mental del Hospital Municipal “Dr. Alberto Castro”-Tornquist- Pcia. de Bs. As. Miembro del Forum Infancias, Bahía Blanca, Pcia. de Bs. As. Miembro del LUPPA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia).

² Lic. en Psicología (Facultad de Psicología. UBA). Especialista en Psicoanálisis con niños egresada de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños (UCES-APBA). Especialista en Psicoanálisis con Adolescentes egresada de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Adolescentes (UCES-APBA). Experiencia Hospitalaria, Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino, servicio Infanto-juvenil Vespertino. Miembro del LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia). Miembro de Forum Infancias, CABA.

³ Profesora de Educación Nivel Inicial- Normal N°4. Lic. en Psicología (Facultad de Psicología. UBA). Experiencia Hospitalaria, Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino, Servicio Infanto-juvenil Vespertino. Alumna de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños (UCES-APBA). Miembro del LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia).

⁴ Lic. en Psicología (Facultad de Psicología. UBA). Experiencia Hospitalaria, Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino, servicio Infanto-juvenil Vespertino. Miembro del LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia).

⁵ Lic. en Psicología (Facultad de Psicología. UBA). Experiencia Hospitalaria, Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino, servicio Infanto-juvenil Vespertino. Posgraduada en Psicoanálisis, Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino. Miembro del LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia).

⁶ Lic. en Psicología (Facultad de Psicología. UBA). Diploma Superior en Psicoanálisis y Prácticas Socio-Educativas (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales). Experiencia Hospitalaria, Centro de Salud Mental N° 3, Arturo Ameghino, servicio Infanto-juvenil Vespertino. Alumna de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños (UCES-APBA). Miembro del LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia).

Este trabajo se encuentra enmarcado en los comienzos de una investigación⁷ que partiendo desde una mirada psicoanalítica se pregunta acerca de cómo, frente al desfundamiento de las instituciones tradicionales de la modernidad, la caída del lugar del adulto, las transformaciones en los modelos identificatorios y la violencia como una de las modalidades dominantes de vinculación, los adolescentes ensayan nuevos caminos creativos y las Culturas Adolescentes emergen con un nuevo estatuto, bajo paradigmas donde se consolidan otras formas de comunicación y otras maneras de relacionarse, adquiriendo valor lo fraternal y el “hacerse el aguante”, para construir nuevos lenguajes que permitan dar respuestas y sentidos allí donde los adultos no pueden.

Entendemos las Culturas Adolescentes como aquellas formas mediante las cuales los jóvenes participan en los procesos de creación y circulación cultural; modos que encuentran para construirse, inventarse, crearse y construir, inventar, crear con otros; prácticas que propician nuevas formas de vinculación, como espacios alternativos de pertenencia construidos por ellos para “sostenerse subjetivamente”.

A continuación, a partir de la presentación de un material clínico, entraremos en el mundo de las culturas del freestyle rap y el tag; prácticas actuales que nos permiten bucear en los procesos de creación de nuevos lenguajes de los adolescentes y nuevos modos de ser y estar con el otro.

Dos autores nos han inspirado profundamente a la hora de diseñar este proyecto de investigación, Ignacio Lewkowicz y Cristina Corea; como hicieron ellos con nosotras, esperamos estimular en los lectores la experiencia del pensamiento.

Presentación de Andrés

*Me verás volar,
Por la ciudad de la furia,
Donde nadie es parte de mí
Y yo soy parte de todos...*
La ciudad de la furia- Soda Stereo

Andrés tiene 16 años, vive en una ciudad en la provincia de Santa Fe junto a su madre Laura (55), su padre Carlos (60), su hermana Paula (23) y su hermano Lautaro (25). La primera consulta es realizada en junio de 2014. Según

⁷ Investigación sobre Culturas Adolescentes. LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia).

relatan sus padres fue expulsado de la escuela a la que asistía, por haber roto el escritorio de la directora de un golpe y por insultar a los docentes: “qué me importa, la puta que te parió; andate a la concha de tu madre”;... a mí no me grites, puta...”.

No ha podido adaptarse al nuevo colegio donde los problemas de conducta persisten: responde mal a los docentes, les grita, les dirige insultos, no participa en las clases, se duerme o escucha música.

Andrés entra al consultorio y en su postura puedo percibir su enojo, su cara tensa, sus gestos de desganado. Su cuerpo habla a través de las sensaciones de fastidio que lo invaden. Su actitud es desafiante. Toma la silla de mala gana, la aleja del escritorio y la ubica cerca de la puerta alejando su cuerpo lo más que puede del mío, como si algo del orden de la cercanía al otro no pudiese ser tolerado. Andrés dice: “no sé qué hago acá, me trajeron por la escuela”. Ante mis preguntas acerca de lo relatado por sus padres responde monosilábicamente: “sí, no”; siento que para él, tienen el estatuto de una indagatoria policial. Dice que todos los adultos se equivocan, que él no hizo nada. Su enojo se acrecienta y gritando dice: “Todo lo que dijo la directora es mentira, yo no rompí nada”, el afecto es intenso, como si el hecho hubiese ocurrido hace unos instantes.

Decido dejar de hablar de lo ocurrido en la escuela. Comienzo a contarle que atiendo a otros chicos de su edad y que es un trabajo que disfruto. Le cuento por qué vienen al consultorio, de qué cosas hablamos. Esto parece interesarle. Comienzo a preguntarle cosas a él: qué color le gusta, de qué equipo de fútbol es hincha y cuál es su gusto de helado favorito. Me encuentro con la sorpresa de Andrés en la expresión de su cara. Mis preguntas parecen haberlo descolocado. El fastidio cede y Andrés responde con más ganas. Le digo que a mí no me importa lo que pasó en la escuela sino lo que le pasa a él. Registro que debo amoldarme a sus ritmos y sus tiempos y no es momento de hablar de ciertas cosas. Le transmito que este espacio es para pensar entre ambos lo que le pasa a él, por lo cual de nada sirve que venga si no tiene ganas; le propongo darle un horario y juntos ir viendo semana a semana si aparecen las ganas de venir. Antes de irse me pregunta: “¿vos no me conocés?”, “yo soy re conocido”.

Andrés comienza a asistir regularmente a las sesiones. Continúa con postura distante, separa la silla del escritorio antes de tomar asiento, juega todo el tiempo con un piercing que tiene en la boca, y escupe las uñas que se muerde. Me cuesta transferencialmente sostener los encuentros; también en mí,

Andrés provoca enojo. Su mirada expresa desgano, bronca; su cuerpo está tenso, su actitud es despectiva. Sin embargo trato de no actuar mi propio fastidio. En las entrevistas le doy lugar a su palabra, lo escucho, le ofrezco una mirada amorosa. Tomo lo que me muestra y lo llevo al terreno de la palabra. Empiezo a preguntarle por su forma de vestir, por el piercing y él empieza a hablar de sus pares, de grupos, de modas. Hablando de sus amigos, se inaugura el espacio de tratamiento para Andrés. Hablando de los otros, del “ser y no ser conocido”, empieza a hablar de él.

Poco a poco los relatos del enojo en la escuela empiezan a entrar en el espacio de tratamiento. Andrés se enfurece con todos los docentes porque dice que le hablan mal y es por esto que él les grita. Por ejemplo, relata que estando en la fila de la formación, cuando le piden que se saque la capucha de su buzo, siempre se lo piden mal, entonces responde a la preceptora gritando: “Que me pedís así que me saque la capucha, puta”. En otra ocasión lo encuentran fumando en el baño: esa situación suscita que le grite hija de puta a una preceptora, mostrando una actitud corporal violenta, casi empujándola, diciéndole: “correte... yo no me voy a quedar acá escuchando pavadas”. Noto que al relatar cada discusión, el enojo se reactualiza en Andrés. Continúa explicándome nervioso: “esto es una mancha más para mi legajo”. Le trasmito que en este espacio él se muestra tranquilo y puede respetar las reglas, marcando una diferencia. Me responde: “porque vos no me hablás mal”.

Andrés caído del mundo...

*“Donde haya un adolescente pujando por crecer,
debe haber un adulto que ofrezca sostén para su empuje”*
-Donald Winnicott-

Andrés relata que su infancia fue tranquila y que no tenía problemas. Ubica que en séptimo grado, comenzó con los enojos y a dejar de prestar atención a la escuela. Dice no tener muchos recuerdos de cuando era un niño. Se compara con sus hermanos, ubicándolos en extremos opuestos: su hermano mayor como el que puede, y su hermana menor pudiendo menos que él.

Describe a su padre como: “viejo, cerrado, aburrido, triste”. Con respecto a su oficio (es comerciante) dice que se quedó en la prehistoria con su forma de trabajar. Andrés empezó a colaborar con él en el local. Explica que le gustaría que confiara en su mirada más actualizada, pero su padre se muestra “sin ganas” por lo que no escucha sus sugerencias. En una sesión relata

que le gustaría tener un papá con el que pudiera compartir cosas de su vida cotidiana; poder hablar más con él, que le diera consejos, que se divirtiera. De su madre manifiesta que ella ocupa gran parte del tiempo cuidando a su propia madre y a su suegra. No comparte la mesa con el resto de la familia. Cocina y se va a mirar televisión al dormitorio. Relata que entre ambos padres no hablan, que solo miran televisión, no hacen nada, no salen, no disfrutan.

Al escuchar a Andrés percibo que habita en él el recuerdo de un tiempo familiar anterior más feliz y un tiempo más actual ligado a un estado de desgano y tristeza. Estos tiempos estarían marcados por una crisis financiera sufrida por su padre. Andrés tenía diez años cuando esto ocurrió. Relata que desde aquel hecho, su papá está siempre preocupado.

En entrevistas con los padres, ambos pueden expresar sus expectativas en relación a su hijo: el deseo de que Andrés tenga un mejor futuro que el que tuvieron ellos. Aparece una preocupación excesiva por el legajo de Andrés y como el comportamiento violento en la escuela puede perjudicarlo.

Se percibe cierto desánimo y tristeza en sus relatos. Según lo que comentan, Andrés no fue un hijo buscado y estaban cansados para criarlo; sitúan que es por ello que nunca lo retaron y que les cuesta ponerle límites. Su padre manifiesta no querer que Andrés siga sus pasos de comerciante, haciendo referencia a lo mucho que le cuesta ese trabajo. La madre habla de su hijo como si fuera un niño. Casi expresando el deseo de volver a un tiempo anterior, recuerda con nostalgia cuando Andrés era chico y se juntaba con sus amigos en el barrio.

Frente a este entramado que comienza a configurarse a través de los relatos, comienzo a pensar en la mirada de estos padres hacia su hijo y en la imposibilidad de pensarlo como un sujeto deseante y sufriente. Trabajo con ellos la importancia de mirar y escuchar a su hijo como un adolescente que transita por procesos complejos y dolorosos y así diferenciarlo de la imagen netamente escolar en la cual Andrés queda atrapado.

En relación a la escuela, en los primeros tiempos de tratamiento se mantuvo un encuentro con la asesora pedagógica quien hizo hincapié en los serios problemas que ocasionaba a los docentes la conducta de Andrés, agregando que de continuar de este modo, Andrés sería expulsado de esta escuela. Las intervenciones apuntaron a ofrecer una escucha contenedora, transmitiéndole tranquilidad para luego poder ir conectando el accionar de Andrés con su sufrimiento.

Andrés construye un nuevo mundo...

*...Quería tan solo
intentar vivir aquello que tendía a
brotar espontáneamente de mí...
¿Porque habría de ser tan difícil?
Demian- Herman Hesse-*

A partir de retomar con Andrés el enunciado de la primera entrevista “Yo soy re conocido”, relata que tiene muchísimos amigos y que todos en la calle lo conocen. Intenta al inicio mostrar una imagen de sí fuerte, de líder, de chico popular. Esta foto que él presenta de él mismo poco a poco va cambiando y a medida que el tratamiento avanza, puede contar que en verdad no tiene muchos amigos, que incluso muchos de sus compañeros se burlan de él por su apellido.

Sus pares de referencia son dos compañeros de la primaria, amigos de la infancia, con quienes puede hablar de lo que le pasa. Con estos amigos se reúne en el Skate Park diariamente; sin embargo, parece aburrirse en todos lados. Se compara con ellos, a quienes define como mejores que él, andan mejor en skate y saben bailar.

Comenta que en el parque donde concurre, se realizan “compes” de Freestyle (estilo libre). Son encuentros organizados vía facebook en plazas o lugares públicos entre diferentes grupos que se enfrentan en competencias de rapeo espontáneo, improvisado. Al preguntarle por esta actividad dice: “Las compes son para bardearse”, “gana quien insulta mejor al otro”. Andrés se muestra enojado y desanimado cuando expresa “yo no puedo hacerlo, no me sale rimar”. Frente a la pregunta de si él pudiese qué es lo que le gustaría decir, responde: “diría... me están ignorando todos”.

Andrés habla también de aquellos grupos de los que no forma parte. En su ciudad es habitual que los grupos de adolescentes tengan un nombre que los identifique: los Street Rappers, los Patakprow, los RUSTT. Sobre ellos va describiendo qué los caracteriza, qué los diferencia, dónde se reúnen y qué es lo que hacen.

Gradualmente, comienza a reunirse con algunos compañeros de la escuela que son del grupo Street Rappers: “tal es Street Rappers”, así los nombra. En principio parece no tener mucho en común con ellos, pues “los Street Rappers toman mucho, fuman marihuana”. Aunque él casi no toma y no fuma,

comienza a compartir con el grupo más salidas y reuniones en el parque. Se inaugura un tiempo en el que, en las sesiones, Andrés construye un relato de lo que le va pasando en relación a estos nuevos vínculos.

Luego de unos meses en tratamiento, concurre a una sesión muy contento y expresa: “ya soy Street Rappers”. Describe cómo es el momento donde el grupo le da el nombre: se juntan los miembros y deciden si incorporan o no a un nuevo integrante. Pertenecer al grupo parecería significar, sobre todo, dar y recibir cuidados. Andrés dice: “si sos del grupo te respetan”, “si se meten con uno se meten con todos”. Según refiere, en el grupo encuentra protección. Empieza a relatar que todos los fines de semana, hay un enfrentamiento entre alguno del grupo con otros de grupos distintos. “Pelemos para defendernos”.

En otro encuentro, relata un episodio que se produce en un boliche donde “pechea” a otro adolescente que antes lo molestaba. Dice de esto: “estaban los chicos y me animé, porque me tenía cansado con las burlas”.

Luego de un tiempo la participación en las compes empieza a disminuir, y toma lugar preponderante otra forma de expresión callejera que se relaciona con el rap llamada “tag”. Es una práctica cultural que consiste en pintar “tags” (etiquetas) en diferentes paredes/lugares públicos. Un tag es una firma, un apodo o un acrónimo de una persona o un grupo que expresa un estilo, es la marca que diferencia e identifica a uno de otro.

Andrés realiza esta práctica con el grupo Street Rappers. Manifiesta que el objetivo es que el nombre grupal aparezca en la calle, como una forma de hacerlos visibles, un sello singular del grupo. Cuenta que él aún está practicando su firma, pues además del trazo grupal hay uno individual. Esta es una variante de la firma grupal, está formada por el nombre del grupo y por el número que representa el orden en el cual se ingresó al mismo. En el caso de él, fue nombrado miembro del grupo en el décimo lugar. Es importante mencionar que a nivel grupal, esta experiencia de pintar su nombre en las paredes de la calle, les lleva mucho trabajo. En conjunto deciden realizar prácticas sobre distintos materiales, probar diseños, antes de ir a las paredes. Quieren que su nombre se vea lindo, “no taggear por taggear”. Entre ellos esta es una actividad que se toman muy en serio. Apuestan a que grupalmente puedan tener un propósito y una estética común, no se trata de hacer las cosas individualmente sino apoyándose uno al otro.

Andrés relata en otra sesión que uno de sus compañeros, sin que el grupo esté al tanto, “se mandó solo” y pintó el tag grupal en varias paredes. Frente

a esta situación, concurren a ver, y como el resultado no les gustó, decidieron entre todos continuar practicando para que “les quede lindo”.

En el tag hay un límite importante que sortear y es la policía, pues los miembros de Street Rappers saben que si los encuentran “taggeando” las paredes de la ciudad, tendrán que cumplir con tareas de trabajo comunitario. Por ello, “se están cuidando”.

Andrés trae a la sesión su tag individual. Aunque aún lo sigue practicando, está formado por las letras STRS10 coronados por una corona al estilo rocknrolero. Cuenta que lo hizo en el banco de la escuela, de un tamaño enorme que casi ocupaba todo el pupitre.

La trama grupal se consolida y Andrés ocupa un lugar allí. Dice: “Soy el Street Rappers 10”. En ese espacio grupal donde es uno más de ellos, experimenta que “puede” y que los demás también tienen dificultades (por ejemplo no todos pueden rapear).

Luego de ocho meses de tratamiento, durante las sesiones, se muestra mucho más disponible para hablar; lleva mate y le gusta jugar al truco. Ya no es preciso preguntarle cómo está, sino que empieza a hablar de las cosas que hizo en la semana, me cuenta que habla con sus amigos del grupo acerca de sus problemas, de su familia y de las dificultades que tiene con las chicas. También habla de lo que lo enoja. En una de las últimas sesiones, Andrés relata tres situaciones en las que puede reconocer las condiciones que lo hicieron enojar y dice: “Yo pensé qué sería lo que me dirías vos: ¿podés ver qué te pasó? Y yo te respondería: “Si, en las tres no pude hablar...”.

En relación a la escuela, su lugar también se va transformando. Aunque continúa relatando episodios donde hay discusiones con profesores, el tenor de las mismas es mucho menor; ubica que ya no le interesa pelear con los docentes; relata contento que no se lleva ninguna materia este trimestre. Una vez finalizadas las sesiones cubiertas por la Obra Social, Andrés manifiesta que quiere continuar asistiendo, para lo cual los padres ayudarán con el pago de las sesiones de manera particular.

Hace algunas semanas llega al encuentro angustiado. Es la primera vez que lo veo así. Me dice: “me pasó algo muy malo y algo bueno en el mismo día...”; frente a su silencio le pregunto por cuál quiere empezar. Dice: “por lo malo: caí en cana”. Así relata la situación en la que la policía lo requisó y lo encuentran con cinco gramos de marihuana. Agrega enojado: “después ellos

las venden, canas p...". Andrés también puede contarme sobre la vergüenza que le dio que su papá tuviese que irlo a buscar a la comisaría. Acompaño a Andrés en su angustia, tomo su mano en el escritorio, su cuerpo tan prepotente y fuerte por momentos, parece ahora desarmarse. Lo miro, sostengo la mirada y continuo hablando con él de lo que pasó. Se pregunta cómo continuará mirando a su padre, y si sus padres le volverán a hablar. Me pide que hable con ellos la próxima semana. Cierro la sesión apostando de nuevo a que dentro de quince días lo volveré a ver...

Aportando algunas ideas...

Andrés se encuentra transitando su despertar adolescente, tiempo de reorganización psíquica donde debe atravesar el proceso de desasimio de las figuras parentales. Pero algo en este pasaje se obtura y a través de sus estallidos de enojo hace sus intentos de comunicar lo que le pasa. ¿Encontrará Andrés lenguajes alternativos para que la comunicación con un otro sea posible?

Andrés se enfrenta a una mirada materna que le devuelve una versión infantil de él y a un padre melancolizado que le ofrece un modelo identificador endeble. Bajo la lógica de "todo tiempo pasado fue mejor", el estado actual de desesperanza, frustración y tristeza de los padres se transfiere al joven ubicándolo en un lugar de "yo no puedo".

La escuela, en lugar de ofrecerle otros modelos en su camino hacia una salida exogámica, responde con la expulsión y del lado de lo mortífero lo aplasta subjetivamente. Frente a esto, ¿qué salidas ensaya Andrés?

La ausencia de palabras como capacidad simbólica mediatizadora aparece en el modo de proceder del mundo adulto. En este contexto los estallidos de furia de Andrés velan su desamparo denunciando la ausencia de un entramado familiar y social que lo sostenga. Sin embargo desde lógicas violentas, como las conductas expulsivas de la escuela y los estados de perplejidad y huida de los padres, estos actos son leídos como una conducta patológica individual, e intentan ser silenciados.

Creemos que este tipo de respuestas reflejan una dinámica actual en la relación entre adultos y adolescentes. Si pensamos en el mundo adulto, parecería que flota en el aire un estado de desesperanza e impotencia como bases afectivas sobre las cuales se despliegan los vínculos, donde los estados de crisis se instalan muchas veces como modos estables de habitar y no como

tiempos de pasaje. Esto repercute en los adolescentes y en los modos en que ellos también transitan sus propias crisis.

Se ha producido un cambio cualitativo en el valor simbólico, representacional, del adulto como referente para el adolescente. Ha desaparecido la asimetría pensada como diferencia, capaz de ofrecer una legalidad, un marco que funcione como borde, como matriz dadora de sentidos para la construcción de vínculos que le permitan al adolescente mantenerse conectado en el atravesamiento de sus crisis, y no sentir que desaparece, se desarma o se vuelve invisible para el otro.

Siguiendo una línea de pensamiento winnicottiana, así como el bebé a través de las funciones que el medio ambiente ejerce, necesita sentirse sentido y sostenido, y creer que es él quien crea los objetos del mundo; también el adolescente necesita sentirse sentido y sostenido por un adulto y en la medida en que el adulto puede presentarle un mundo posible, el adolescente podrá creer que él mismo creó ese mundo.

Si el estallido -o el grito- hace visible a Andrés, ¿hacer enojar al otro mediante el insulto es su condición de existencia? Andrés se siente ignorado y en sus desbordes busca ser mirado para sentir que existe en el pensamiento del otro. Es el lenguaje que encuentra para expresar sus conflictos, sus angustias, para hacerse escuchar. Centrado en la descarga motriz, el acto impulsivo es su modo de comunicar. Y desde esta lógica se presenta frente a la terapeuta, casi a la espera de que reaccione al igual que los demás adultos.

En los comienzos del tratamiento las sensaciones transferenciales que el joven despierta están vinculadas al enojo que él siente y el modo que encuentra para convocar al otro. La terapeuta funciona al modo de un contenedor recibiendo el enojo, pero a diferencia de lo que ocurre con los otros adultos, procesa lo tóxico y le devuelve algo posible de ser cualificado.

Esto alivia a Andrés en las sesiones y el tratamiento comienza a constituirse como un espacio distinto. La analista se va adaptando a los ritmos y las necesidades del joven, funcionando como un medio ambiente facilitador. Así como el bebé a través de los ojos de quien lo sostiene se ve cómo es mirado, Andrés puede a través de la mirada de su terapeuta construir otra versión de cómo él puede ser mirado por el otro. A la vez, las diferentes intervenciones de la analista con la escuela y la familia apuntan a que ellos también puedan construir y ofrecerle una mirada distinta a Andrés.

La analista puede tomar el gesto espontáneo que el joven le dirige habilitando una experiencia nueva, y abriendo potencialidades: el afuera también se puede pensar y sentir distinto. Quizás sea este hecho inaugural el que habilita que en Andrés se inicie un recorrido, un pasaje transicional, zona intermedia de la experiencia, hacia el espacio grupal.

A partir de sentirse sentido por alguien del mundo adulto (analista) puede posteriormente construirse un sentimiento de pertenencia en el grupo. Las culturas del freestyle y el tag comenzarán a funcionar como espacios habilitadores de nuevos recorridos en el camino de salida hacia la exogamia, poniéndose en marcha un proceso de creación/construcción de lo propio, ofreciéndole una red de sostén, sumamente necesaria para funcionar como colchón protector frente al vértigo que genera el encuentro con la pregunta por el ser, por la identidad.

A la vez que se inaugura la posibilidad de que un modo de vinculación diferente comience a tener lugar en Andrés. Observamos que empieza a circular la palabra en tanto hay un interlocutor. La analista desde una función de holding le permite pensar que si bien ahora no puede (rapear, hablar) más adelante sí podrá hacerlo. La posibilidad de otros modos de expresión ya tiene efectos en él.

Ya inmerso en la cultura del Freestyle Andrés se enfrenta con su no poder de un modo distinto. Se encuentra con su imposibilidad de rapear en las compes, pero no es el único, pues otros chicos del grupo tampoco rapean. En la capacidad de tolerar que no puede hacerlo se inicia a la vez un proceso de discernimiento y la posibilidad de entrever que no poder con algo no implica no poder con nada. Esto a la vez le permite ir encontrando una distancia con la marca de lo familiar y continuar avanzando en la creación de nuevos modos de decir lo que le pasa.

El grupo se va transformando, creciendo como espacio de sostén compartido y en la exploración de nuevas Culturas que les permitan el despliegue de sus capacidades creadoras comienzan a taggear. Práctica con la que Andrés comienza a conectar hasta poder ver que allí sí puede, que es bueno en eso. Andrés encuentra un nuevo lenguaje, un nuevo modo de transmitir que lo representa. Así él se crea a él mismo en cada acto de taggear y desde su gesto espontáneo se construye y se inventa. Puede sentir esa continuidad existencial que antes se le fragmentaba porque el grupo le ofrece un sentido, un lugar de pertenencia con amigos que "lo aguantan", que comparten con él ese nuevo idioma y ese sistema de códigos y valores que lo sostiene.

La calle aparece como el escenario elegido para construir una nueva lógica. El acto antisocial atraviesa un nuevo momento. Podríamos pensar que Andrés está buscando a través de la práctica del tag encontrarse con alguna ley que opere, que les de un marco, un sentido. Buscando experimentar los límites, no ya desde el desborde, arrojando escritorios, sino a partir de otro registro del peligro, intentando no ser descubierto. Vemos aún más cómo este nuevo modo de comunicar va complejizando el entramado psíquico permitiendo que el pensamiento medie a la acción; y en este nuevo lenguaje que condensa la práctica misma del tag algo del Eros se hace presente, a través de ese brillo estético que se persigue, que se busca mediante la organización, el establecimiento de reglas y un encuadre (no se puede salir a taggear solo, hay que practicar, todo el grupo debe comprometerse, reuniones, se habla de lo que les pasa mientras practican) buscan embellecer y perfeccionar aquella marca que los representa, los significa y los distingue del resto, les da identidad, un nombre y una pertenencia.

El pasaje del acto violento (acting-pura descarga) a poder indignarse a través de la protesta cultural utilizando el rap y el taggear, permite la aparición de lo simbólico, el atravesamiento de la cultura y la posibilidad de cualificación. Será durante este pasaje que Andrés comienza a HABLAR de lo que siente, lo que ocurre en su casa, empieza a recordar. Luego no solo creará estos espacios con la analista sino también con sus pares y a través de estas prácticas encontrará una posibilidad de conexión con el mundo. Andrés puede construir discursos donde la palabra, y también su obra/creación, su tag, permiten comunicarle al otro sus vivencias a la vez que, en el acto de compartirlas, va construyendo nueva experiencia.

El análisis funciona para Andrés como espacio transicional y las prácticas urbanas de las que se apropia como espacios habilitadores de actos creativos/gestos espontáneos y nuevos lenguajes que permiten descoagular algo del orden del sufrimiento psíquico en el que se encontraba atrapado. Se inicia un pasaje hacia la construcción de una continuidad existencial en sintonía con su deseo y su lugar como sujeto deseante. La pertenencia al grupo le da un marco y una ley no arbitraria que lo ordena y lo protege, le da un borde. La fraternidad, condensando códigos y valores, es fuertemente defendida. Esto subjetiviza, produce identidad.

La posibilidad de crear estos nuevos lenguajes habilita que los afectos encuentren representaciones, permitiendo hacer experiencia a partir de compartir un acontecimiento con otro. Andrés comienza a construir un relato, a narrar su propia historia y potenciando su capacidad para elaborar pensamientos puede

ir transformando su estado de desarme y desesperación permanente en una crisis al modo de un pasaje, de la endogamia a la exogamia, enfrentando el desasimiento de las figuras parentales y las preguntas por su identidad.

Palabras finales....

Nuestro objetivo no es llegar a respuestas certeras sino estimular mediante esta presentación el pensamiento. Si los adolescentes enfrentan tiempos en los que se les exige construir nuevas estrategias de sostén y nuevas herramientas para expresarse, creemos que es nuestra responsabilidad como analistas cuestionar nuestro lugar y poner a prueba nuestra propia creatividad intentando no quedar adheridos a un prejuicio nostálgico de que “lo actual” es todo nocivo.

Mariana Cantarelli, autora del prólogo de *Pedagogía del aburrido* dice: “si la destitución nos permite rastrear las ausencias; la composición nos permite indagar las presencias (...) no hay situaciones ideales; y como no las hay, pensamos a partir de lo que hay. No resulta sencillo, pero a la luz de nuestras circunstancias resulta necesario”.⁸

El desafío está planteado...

Primera versión: 17/07/2015

Aprobado: 31/08/2015

Bibliografía

Benasayag, Miguel y Schmit, Gérard: *Las pasiones tristes. Sufrimiento psíquico y crisis social*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI, 2010.

Corea, Silvia; Lewkowicz, Ignacio: *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós, 2013.

Duschatzky, Silvia; Corea, Silvia: *Chicos en Banda. Los caminos de la Subjetividad en el declive de las Instituciones*. Buenos Aires: Paidós, 2011.

Giddens, Anthony: “El yo: seguridad ontológica y angustia existencial”. En *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Ed. Península, 1997.

⁸ Corea, Silvia; Lewkowicz, Ignacio: *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós, 2013. Pág 13.

López Brizolará, Ana Lía: "Decires de las adolescencias: producciones, creatividad, implicaciones". Ponencia en I Coloquio Internacional sobre Culturas Adolescentes. Buenos Aires, Argentina, 2013.

Pelento, María Lucila: "La adolescencia y los objetos culturales". Ponencia en Coloquio sobre Adolescencia. Montevideo, Uruguay, 2004.

Summers, Frank: "Creando Nuevas Maneras de Ser y Relacionarse" en *Revista electrónica de Psicoterapia: Clínica e investigación relacional*, año: 2015.

Winnicott, Donald W.: (1971) *Realidad y juego*. Buenos Aires: Ed. Gedisa, 1988.

: (1984) *Deprivación y Delincuencia*. Buenos Aires: Paidós, 2008.

: (1965) *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós, 2011.

Zirlinger, Silvio: "Una visión sintética sobre los aportes de D. Winnicott a la idea de la cura". En *Revista Internacional de Psicoanálisis: Aperturas Psicoanalíticas* N°12, año: 2002.

Primera versión: 17/07/2015

Aprobado: 19/08/2015

Resumen

Se analiza un caso clínico, en el marco de un proyecto de investigación psicoanalítico sobre las *Culturas Adolescentes*, pensadas como prácticas grupales que funcionan como espacios alternativos de creación y circulación cultural. Se plantea como hipótesis que las mismas operan en la actualidad como sostén subjetivo de los adolescentes frente al desfundamiento de las instituciones, las transformaciones en los modelos identificatorios y la violencia como una de las modalidades dominantes de vinculación.

El caso presentado permite acercarnos al mundo de las Culturas del Freestyle, Rap y el Tag, prácticas que constituyen nuevos lenguajes para los jóvenes, nuevas maneras de comunicarse.

Al momento de la consulta analítica el insulto seguido de actuaciones impulsivas, poseen un lugar central en el modo de vinculación de este adolescente con el otro adulto. A lo largo del artículo se desarrolla cómo el tratamiento psicoanalítico funciona como lugar de sostén y como espacio transicional permitiendo el pasaje al espacio grupal de pertenencia. Así mismo se trabaja cómo, a partir del encuentro con la analista como interlocutor y la posibilidad de pertenecer a las Culturas Adolescentes descritas, se inauguran para el joven nuevas lógicas y modos de tramitación de los afectos.

A partir del entrecruzamiento teórico-clínico, el caso nos invita a repensar las prácticas culturales y los modos de comunicación que tienen lugar en la etapa adolescente, así como a cuestionar nuestra función como analistas, estimulando la creatividad frente a los desafíos que nos propone la clínica con adolescentes, teniendo para ello como eje los desarrollos winnicottianos, así como los aportes realizados por Ignacio Lewkowicz y Cristina Corea.

Palabras clave: adolescencia; violencia; desfondamiento institucional; culturas adolescentes; espacios transicionales; sostén; capacidad creadora; nuevos lenguajes.

Summary

This article presents a case analysis that stems from a larger research project on youth cultures in Argentina. In this context, we maintain that youth cultures constitute a group of practices that function as alternative spaces for cultural creation and circulation. Our central hypothesis is that these cultures have become a subjective support for all those teenagers who face the current decline of traditional institutions, the changes in role models and the expansion of violence as one of the main forms of sociability. In this sense, the chosen case will allow us to approach the freestyle, rap and tag worlds, three youth cultures that rely on new languages for the young, i.e., new ways to communicate among peers.

As the analysis will show, when the patient began the psychoanalytic treatment, insulting and reacting impulsively were his core behaviours when trying to relate to adults. However, the treatment became in itself a place of support as well as a transitional space that helped him to accomplish the passage to a group of belonging. Furthermore, we analyze the ways in which the fact of meeting the analyst as a significant interlocutor, together with the possibility of belonging to different youth cultures, the patient discovered new ways and logics of relating to others.

Acknowledging the interrelations between theory and clinical practice, this case analysis invites us to reflect upon the diverse practices and modes of communication among teenagers as well as to question our own role as analysts, a task which stimulates and benefits our creativity to meet the challenges we face in our daily psychoanalytic practice. For this reason, the works of Donald W. Winnicott and those of Argentines Ignacio Lewkowicz and Cristina Corea will be central to this article.

Key words: teenagers; violence; institutional crisis; teenage cultures; transitional spaces; support; creative ability; new languages.

Résumé

L'analyse du cas clinique que nous présentons dans cet article se situe dans le cadre d'un projet de recherche psychanalytique sur les *cultures adolescentes*, lesquelles nous étudions en tant que pratiques de groupe qui fonctionnent comme des espaces alternatifs de création et de circulation culturelles. Notre hypothèse de base est que les cultures adolescentes sont devenues un soutien subjectif pour les jeunes qui doivent faire face aujourd'hui à la crise des institutions traditionnelles, aux transformations des modèles d'identification et à l'expansion de la violence comme l'une des formes dominantes de sociabilité.

Le cas présenté nous permet de nous approcher aux mondes du *freestyle*, du *rap* et du *tag*, des pratiques culturelles qui constituent de nouveaux langages pour les jeunes, i.e., de nouvelles façons de communiquer entre pairs.

Au moment de la consultation, l'insulte et les actions impulsives occupaient une place centrale dans la façon dont le patient établissait des rapports avec l'Autre adulte. Cependant, comme nous l'exposons au long de l'article, le traitement psychanalytique devient pour lui un lieu de soutien et un espace de transition qui l'aide à faire le passage vers un groupe d'appartenance. En outre, nous analysons comment, suite à la rencontre avec l'analyste en tant qu'interlocuteur, d'une part, et avec la possibilité d'appartenir aux cultures adolescentes décrites, d'une autre, le patient découvre des logiques et des façons nouvelles pour établir des liens affectifs.

A partir des interrelations entre la théorie et la pratique clinique, ce cas nous invite à réfléchir autour des pratiques et des modes de communication chez les adolescents, ainsi qu'à mettre en question notre propre rôle en tant qu'analystes, ce qui stimule d'avantage notre créativité face aux défis

auxquels nous sommes confrontés dans la pratique psychanalytique. Dans ce contexte, pour examiner le cas choisi nous suivrons les développements de Donald W. Winnicott ainsi que ceux des spécialistes argentins Ignacio Lewkowicz et Cristina Corea.

Mots clés : adolescence; violence; institutions en déclin; cultures adolescentes; espaces transitionnels; soutien; capacité créatrice; nouveaux langages.

María Celeste Albano

mcelestealbano@hotmail.com

Agustina Beguy

agusbeguy@hotmail.com

María de los Ángeles Cerini

angelescerini@yahoo.com.ar

Agustina Ferro

agustinaferrod@gmail.com.ar

Natalia Maricel Ramos

nataliaramos00@gmail.com

Jennifer Rocco Cozzetti

jroccocozzetti@hotmail.com